

"Los Viajeros de Indias"

Crítica a un libro reciente

N. de la R.—Al pintoresco, hasta lo extravagante, libro "Los Viajeros de Indias", subtítulo "Ensayo de Interpretación de la Sociología Venezolana", responde el presente artículo de nuestro docto colaborador Pbro. Manuel Acereda La Linde, que la revista "SIC" acoge sin responsabilizarse de su acerada crítica, muy a tono con la obra juzgada.

Hay temas, en la corta vida de las Américas, que siempre son de actualidad y suelen constituir un manjar apetitoso, para sacarlo a colación, de primer plato, o de plato único, en cualquier actuación publicista o polemista, de los que, con o sin preparación, gustan de alardear de histórica sapiencia.

Y entre ellos, el tema de la colonización, con sus grandes derivados, será, perdurablemente, un pisto sazonado y nunca jauto al paladar criollo.

Por eso, a menudo, reviven y se reavivan las cuestiones coloniales, semidormidas, pero no muertas que se podrían titular: España, Indias, Colón; conquistadores misioneros, Las Casas, indios, negros, encomiendas esclavitud, oro, perlas, y otras al respecto; siendo tratados unas veces competentemente y otras, así, así.

Al contexto de estas ideas, en este año 1961, ha aparecido nada menos que un libro, con aires de científico, pujos de sapiencia y lujos de nutrida ilustración, al que avala la firma del médico psiquiatra, Dr. Francisco J. Herrera Luque.

Hablando en general, los escritos de los psiquiatras, hay que verlos con un poco de recelo, porque, como me decía un amigo versado en la materia, lo primero que hay que averiguar es si el psiquiatra autor tiene algún contagio de psicopatía, lo cual, en el caso presente, ni por pienso se puede conjeturar.

El plan general de la obra es enfocar el exceso de psicópatas que el autor ve existente en Venezuela, cosa que él llama **sobrecarga**, y que origina en la sociedad, diversos atrasos, que él llama **rezagos**; frente a las causas que deben motivar el fenómeno y que él examina diligentemente.

Pero pasa que, a pesar o a favor de sus pesquisas, no encuentra otro motilón más a quien colgarle el sambenito que a la Madre España, quien, diz que por herencia, se lo transmitió a Venezuela; por lo cual, le pone de mote a su libro "Viajeros de Indias", y por subtítulo: "Ensayos de Interpretación de la Sociología Venezolana".

El trabajo se divide en tres libros, subdivididos en partes y capítulos, y, puestos a hacer de él algo de crítica, no nos cuadra ciertamente hablar del primer libro que trata, en 120 páginas, de si hay o no hay pocos o muchos psicópatas en Venezuela, pues creemos que eso respecta a sus colegas eruditos en psiquiatría venezolana.

Dándolo ya por un hecho positivo, en gran escala, el libro segundo lleva por epígrafe "Análisis de sus causas" y es propiamente donde se empieza a estudiar los viajes de los **viajantes viajeros** de Indias; por tanto, desde su tercera parte, página 170, ya nos empieza a preocupar más su lectura.

En conjunto, se nos ocurre decir que el libro es como una escoba, una gran escoba, que ha ido barriendo todas las inmundicias, que desparramadas andan por fachadas y rincones de libros y folletos modernos y antiguos, llegados a su alcance; reuniéndolos y amontonándolos, con afán y cariño dignos de más limpia causa.

No hay que esperar mucho que el libro recoja, de los escritos, cosa buena, noble, moral, religiosa, edificante, constructiva; ni menos honrosa para España o laudatoria para sus conquistadores pobladores y colonizadores; lo que hieda, escandalice, estrague, intrigue; lo que predisponga y descomponga... eso sí a manos llenas, resultando el libro una reata de carros de basura colmes, hasta los topes.

La escoba implacable duró en esa extraña faena más de ocho años, según declaración del autor, y se sabía de memoria los predios, de mal gusto y peor olor, de Las Casas y sus congéneres, para meterse por ellos con sus rastrojos a hacer limpia de sapos, culebras y escarabajos.

Los casos particulares leídos, muchos o pocos, históricos o no (que de eso no hace escrupulo); así como los dichos privados, pocos o muchos, verídicos o no (que de eso ni poco ni mucho se preocupa); se toma la gustosa molestia de convertirlos en reglas generales, de donde saca conclusiones; que las eleva al cubo y que, van llevando el agua a su molino, consiguiendo apaullar y casi convencer al encogido lector.

Cuando escribe por cuenta propia, él no se queda a la zaga, que lo hace arrebatando la pluma a sus rebuscados autores y mojando el tajo en untas negras, elabora párrafos que ofenden a los ojos claros, a los oídos cándidos y a las blancas conciencias.

Si entramos ahora a pormenorizar, diremos que una cosa rara caracteriza a "Viajeros de Indias", y es el apoyo que pide a las novelas, para comprobar sus razonamientos, a cada paso; trayendo escenas y copiando dichos; método nada usado anteriormente, pues el autor grave considera la novela con poco o ningún valor filosófico probatorio.

Otrosí, la obra está plagada de interrogaciones, que van atestiguando la incertidumbre de sus ideas, opiniones y conclusiones; convirtiéndose en cuestionarios, encuestas y proposiciones a resolver. Algunas preguntas las contesta o pretende contestarlas; otras hace que las contesten otros autores, que no siempre lo logran; y otras las deja en suspenso, tal vez, para que sean contestadas por el lector.

En la segunda parte del primer libro, hay diecinueve interrogantes y en la tercera, veintitres. En la tercera parte del libro segundo, se pueden contar treinta y tres, y en el libro 3º la segunda parte tiene sesenta y cuatro y la cuarta parte, cincuenta y siete.

En la página 493, cerca del fin del libro, cuando sólo debía haber conclusiones, pues es la **Conclusión**, hay doce preguntas seguidas. En la 159, hay siete y seis en la 108. Continuos o saltados, en las páginas 325 y 328, hay siete interrogantes, en las 326 y 327, hay seis; en las 142, 330 y 412, hay cinco, y en las 244, 247, 276, 315 y 390 hay cuatro. Para números menos de preguntas, no hay que andar escogiendo páginas. Para pasar hoja sin ver preguntas, cuesta. Toda la obra viene a tener doscientas cuarenta preguntas en sus 356 páginas de texto, pues tiene 45 láminas y muchas caras en blanco.

Contradicciones

No sólo titubeos e indecisiones; en la obra abundan, a la par, contradicciones.

Hablando de los muchos hijos bastardos, que producían los españoles en las indias, dice: "Se engendraron en un rato de violencia o por derechos de guerra". Y en el mismo párrafo, hay frases como estas: "también mujeres por la fuerza", robar mujeres a los indios", "escenas de este tenor se sucedían en todos los parajes de América, donde el conquistador tropezó con la indiada", "El conquistador y su descendiente fue el macho omnimodo. Como un padrote de cría emprende la tarea de poblar un nuevo mundo, con la negra a la derecha y la india a la izquierda". A la esclavitud genésica de los españoles la llama descomunal. (Véanse páginas 172, 174, 195)

Olvidándose de estas afirmaciones, que debe respetar y mantener, a fuer de autor grave, y de que un lector con criterio propio lo está observando; al volver la hoja 756 escribe: "No fue la violencia del conquistador el factor principal en los multidinarios apareamientos del conquistador con las indias. Hubo gran complicidad por parte de ella... la actitud de la mayoría de ellas fue de apasionada entrega, tanto en la guerra como en el lecho".

"Múltiples son los ejemplos de caciques, fiustas e hijas de reyes, que abandonaron a sus hombres y se entregaron de buenos modos, al conquistador, ayudándoles a sojuzgar los pueblos".

Apoya este hecho, citando casos y aduciendo razones: de ser los españoles más fuertes y valientes, más sapientes, civilizados y duchos en el amor; de considerarlos como dioses, extranjeros, etc; amén de otras razones, que halagaban el gusto de las indias.

Pues ¿en qué quedamos? ¿las violentaban o se brindaban? Porque ambas cosas afirma absolutamente y prueba, en renglones contiguos, sin ningún sentido de responsabilidad.

Otro ejemplo. Escribe de Fr. Bartolomé de Casas: "la brevísima relación de la destrucción las indias de Fr. Bartolomé es un verdadero tratado de la criminalidad y sadismo de los españoles en América. Desde luego que el padre de Las Casas se deja llevar de su pasión, hasta caer en la exageración y en la mentira, no debiéndosele dar demasiado crédito, como dice Hanke, en todo lo que se refiere a matanza de indios." (Pág. 337)

Ahora bien, todo lo que escribe en las páginas 343 a 354, bajo el título "Fr. Bartolomé de Las Casas, el fraile acusador", y las treinta y tantas veces que lo cita en el decurso de la obra, es un mentís constante a esto; pues en ellas hace suyas las relaciones macabras del fraile, sin ponerles ningún pero, antes bien remachando bien sus clavos, con la misma inquina y a martillazo limpio.

Un tercer ejemplo. "La casi totalidad de los grandes conquistadores son andaluces y extremeños... Más de 11.000 viajeros de Indias, sobre un total de 15.000, son extremeños y andaluces. Sobre una muestra de 5.000, 1.175 son de Sevilla... Andalucía fue la puerta de España, que se desgajó de su sorna para darnos vida." (Pág. 239)

Contradicción. "No pretendemos afirmar que los viajeros de Indias fueron en su mayoría andaluces o extremeños, por el simple hecho de una sobrecarga constitucional en Andalucía." (Pág. 266)

De más a más, en las páginas 319, 321 y 332, a los conquistadores, Pasajeros de Indias, los llama, corajudos castellanos, castellanos y pobladores de Castilla.

Los castellanos, señor, distan mucho de ser andaluces y extremeños.

Pasemos a un cuarto caso. "Los conquistadores confían ciegamente en el oro, que les esconde el Nuevo Mundo... Así surge el Dorado, las siete ciudades de Cibola, y las tantas leyendas que desbocaron, hasta hacer febril la imaginación de los conquistadores". (Pág. 271-2) Parécido, en otros lugares.

Contradicción. "No era, pues, el oro lo que llevó a Alonso Molina a continuar hacia el Sur. Como no pudo ser el oro lo que sacó a Hernando de Soto de sus cabales, para conquistar a la Florida; como no pudo ser el oro quien empujó a Hernán Cortés multimillonario, y envejecido, a conquistar California o Argel, o a Pedro de Alvarado, rico Gobernador de Guatemala, hacia las imaginarias ciudades de Cibola.

"Algo más que el oro tiene que llevar a hombres colmados de riquezas y de honores, como Ponce de León; Mendoza, Valdivia o Narváez, a continuar la búsqueda". (Pág. 327)

¡¡Que manera moderna de escribir!! Sí, no; no; sí, no sé, puede ser, será; si es o no, que lo averigüe Vargas, allá te las hayas etc. que lo dejen a uno con una serie de ideas confusas, que nunca llegan a ciencia.

Una quinta demostración.

Inconsecuencias

Por el mismo camino de las contradicciones andan en el libro las inconsecuencias. Ponerse uno a rebatir dichos y hechos sería meterse en cada párrafo del texto, y no es del todo necesario, porque el mismo se pregunta, duda, se objeta, se rebate, y se niega; con lo cual de tanto sucio no viene quedando cosa en limpio. Veamos ejemplos.

"El suplicio y la tortura van con el conquistador al mismo paso de sus cabalgaduras. No hay expedición, que no guarde en sus crónicas los más espantosos aullidos de los indios torturados, ni gran conquistador que pueda evadir el severo juicio de sus contemporáneos, cuando lo acusan de pérfido, cruel y torturador". Pág. 374).

"A los indios de la Española y de las Antillas circunvecinas, los mataron de hambre, a palos y a malos tratos, a trabajos forzados; cuando no era con la punta de sus espadas o el cebamiento de sus perros. (Página 366)

"Los doscientos hombres de Balboa siguen matando, torturando, quemando a indios vivos o tirándolos a los perros, como lo vienen haciendo desde el 94. Lo único que cambia es el nombre de los capitanes". Página 356)

"Pedrarias, uno de los peores tiranos y asesinos que conoce la historia de América. Asesinos sombríos son sus capitanes. Hombres como Ayora y Morales echan destellos de muerte por donde pasan. Los crímenes con los indios no cejan, hasta que estén totalmente extinguidos." (Página 356)

Pero veamos ahora las inconsecuencias y contradicciones.

"A los viajeros de Indias, ¿puede acusárseles de criminales? (364)

"Eran realmente crueles los conquistadores o hay algo que atenúe la acusación?" (367)

"Hubo miedo, hambre, fatigas y sobre todo, un odio intenso. Es explicable entonces, y en modo alguno extraño, la matanza de Méjico". (366).

"Qué respeto iban a tener con una cultura que, en un día, le ofrecen el corazón de 20.000 hombres a sus dioses sangrientos, como sucedía en Méjico? El trato que se prodigaban los indios entre sí, no era mayormente diferente al que les daban los españoles".

"Todos estos factores (la ferocidad de los indios que acaba de relatar) han tenido que influir sobre aquellos hombres, para hacer aquella carnicería aparentemente injustificable".

"Desde su punto de vista, que es el que realmente interesa, matar a un indio no tenía ni puede tener la misma repercusión, que para un contemporáneo nuestro. **Al hacerlo, no estaban quebrantando ninguna ley moral, ni entraba en colisión con el espíritu de la época**". (371).

Ante tal manera de escribir un libro, no hay más remedio que protestar. No hay derecho a tanto abuso. Si un libro no tiene fijeza de ideas, sean ellas rectas o torcidas, sino prurito de aglomerar frases inconexas, que mareen los espíritus; tal libro no tiene derecho a la lectura, ni al respeto del lector. El juicio de este tiene que andar saltando, haciendo equilibrios mentales, para ver, en definitiva, con qué enseñanza se va a quedar, donde tan difícil es quedarse con algo.

El capítulo, que dedica a los negros, o mejor dicho, a las negras, que es el VIII del libro II, es horroroso. Parece mentira que se pueda escribir con tal y tanta porcacidad. Nosotros, sobre este capítulo, podríamos escribir dos; pero vamos, más bien, a optar por no decir nada.

Los capítulos 10, 11 y 12 de la Tercera Parte, a duras penas se pueden acabar de leer. Los nervios, la paciencia, la razón, se niegan insistentemente a proseguir. Parecen trozos de novela pornográfica. Aquí no es una sola escoba es un lote de escobas las empleadas para barrer.

Alvarado — Aguirre — Balboa — Baldivia — Bastidas — Belalcázar — Carvajal — Colón — Cortés — Esquivel — Fajardo — Grijalba — González de Silva — Irala — Jiménez de Quesada — La Grasca — Ojeda — Magallanes — Mendoza Morales — Pedrarias — Pizarro — Ponce — Velázquez;

y otro par de docenas de conquistadores más, son tildados, todos por igual sin posible escapatoria sin que les valga la bula de Meco, ni en las Antillas ni en Tierra Firme; de

asesinos — bestias — carniceros — criminales — crueles — desalmados — empaladores — fieras — locos, sádicos — sanguinarios — tiranos — torturadores,

y de otras docenas de epítetos más.

Aquí el léxico parece querer agotarse de adjetivos y de verbos injuriosos.

Injusticias

Para el libro, manifiestas en los conquistadores, las voces agudeza, genialidad, valor, fortaleza intrepidez aventura, temeridad, austeridad, justicia: no son estados de ánimo privilegiado, cualidades morales distinguidas, valores humanos no comunes, esencias heroicas excepcionales y hasta virtudes cristianas, en donde pueden muy bien entrar, como factores, la educación de la voluntad, la integridad de carácter, la nobleza de la sangre, el espíritu caballeresco de la época, o el deseo religioso de la mayor gloria de Dios;

sino que son pura y netamente, enfermedades mentales, casos y cosas de cerebros anormales, ebrios de multiformes codicias inconfesables: oro, fama, títulos, mando, sed de sangre, hambre de exterminio, pasión de lujuria.

Quiere el libro en su incompreensión, que los Viajeros de Indias hubieran sido letrados, doctores, aristócratas, ricos, honrados, hidalgos, san-

Habla de la pobreza miserable de España, en el siglo XVI, pero no toca el valor adquisitivo de la moneda en aquel tiempo, ni el bajo costo de la vida. Este sólo tópico necesitaría muchas páginas, para tratarlo debidamente. En Europa, los vecinos pobres de provincias, casi todos son pequeños propietarios, con su casa, sus huertas, labranzas y animales, esto es, con sus medios propios de vida familiar, aunque económica.

Por tanto, de la frase "del Rey abajo, nadie tiene dinero", que el libro comenta, a su antojo, no se deduce la consecuencia "El pueblo se muere literalmente de hambre", que él saca, con pretensión filosófica.

De que después de las guerras quedan ciertos soldados aventureros y criminales, ociosos y viciosos, inadaptables ya al trabajo honrado de la tierra, del taller, del comercio o de la oficina; deduce el libro que, después de la guerra de la Reconquista, en España, los amigos de la sangre derramada, a fuego y hierro, marcharon voluntarios a las Américas, a saciar sus apettos, matando indios.

Todo esto es caldo de cabeza. En Palos de Moguer se sabía muy bien el resultado obtenido por los portugueses exploradores del Occidente, por lo cual escaseaban mucho los voluntarios de Colón, quien pidió a los Reyes, que mandaran tripular las carabelas con presidiarios; pero no hubo necesidad de esa medida, porque Martín Alonso Pinzón y sus dos hermanos prepararon la expedición, dando tres carabelas y arrastrando, con su prestigio, a muchos marineros.

Claro que, por la calidad de la empresa, no pudo ir la flor y nata del pueblo español; pero se sabe que, sólo en el tercer viaje, a nuevas instancias de Colón, se llegaron a embarcar algunos presos por delitos comunes, a quienes se les suspendieron sus causas criminales; y por otra parte, se prohibió pasar a América a reos de alta traición, asesinos alevés, monederos falsos, contrabandistas, sodomitas y herejes.

No menciona a los cientos de miles que, de los ejércitos licenciados volaron a sus casas para reanudar la vida familiar y de trabajo, en mala hora interrumpida; ni menos aplaude a los miles que, llenos de cordura y caridad, pasaron al Nuevo Mundo a regenerar al indio, enseñándole moral, religión, trabajo, honradez y civilización.

Eso es muy santurrón para nuestro Viajero.

El libro ve la guerra, de los lados malos, por el peor.

La concibe como un atajo de forajidos, entregados al desboque de sus bajas pasiones y a todas las infracciones del Decálogo. A los soldados los pone sin orden, ni disciplina, ni leyes militares, ni comandos, ni castigos castrenses, hasta el fusilamiento en plena campaña. Gracias a Dios las cosas no son así, ni fueron así las conquistas de Indias.

Eso de ver siempre, en todo y a la fuerza, lo malo, lo peor y lo pésimo, no es humano ni cristiano, ni noble ni natural.

En un brochazo de bilis, pinta horrorosamente, así, a España: "Por siete siglos, el odio, el crimen, el desprecio por la vida, la desconfianza en el destino serán virtudes nacionales".

Este, como tantos otros asertos son gratuitos y no los prueba ni por intento; no merecen, pues, ni los honores de una refutación a fondo.

Andando el libro por la página 440, para no dejar vivir a nadie, se mete con los Gobernadores de la Colonia.

Para él, hombres, muchachos, padres, hijos, hijas, mujeres, soldados, ejércitos, sacerdotes, altos jerarcas, individuos, grupos, centurias; todos eran locos, locos perdidos locos de amarrar, presas de regresiones, demencias, insanias sobrecargas, hipomanías, paranoides y otros tecnicismos que los profanos en psicosis casi no entendemos.

Y acaba preguntando, como acostumbra: "¿Qué está pasando en América? ¿Es que el trabajo enloquece a los hombres o es que la locura viaja a bordo de las carabelas?"

Esto en la página 388 y en la 393, luego de dar nuevas escobadas más, igualmente sucias, la preguntita de marras: "¿Serán suficientes estos nechos para sacar alguna conclusión sobre la sobrecarga psicótica y psicopática que existía entre los Viajeros de Indias?"

En la página 465, bajo el título: "Nuestros primeros locos", se nombra en primer término a Simón Bolívar, el viejo, en la cual se revela el deseo de incluir a Simón Bolívar, el joven, aunque no se atreve a sacar el aforismo **Qualis pater, talis filius**; le falta valor moral.

Y vean ustedes. Después de despotricar de lo lindo contra los sobrecargados de sobrecarga psicópata, que traían los sobrecargos en sus cargamentos psíquicos; el alienista rubrica, en el último capítulo, esta despampanante aseveración:

"Por razones que no vienen al caso, podemos decir casi **axiomáticamente** que si gran parte del daño social se debe a los psicópatas, la casi totalidad de lo **positivo** socialmente se les debe a ellos". (Pág. 495)

Viniendo a terminar: La tesis fundamental de la obra puede plantearse, en forma descarnada, con esta forma silogística.

En Venezuela, hay muchos, pero muchos enfermos mentales; es así que vinieron en la Colonia unos doscientos viajeros españoles, todos locos de remate, que originaron miles y miles de mestizos, de los que ahora proceden los seis millones de habitantes del país; luego la sobrecarga de psicópatas en Venezuela son por herencia española.

Igualmente. A Hispanoamérica llegaron unos 150.000 españoles, más locos que una cabra; se dedicaron a hacer de padrotes en indios y en negros, con prolífica exorbitancia; luego los males psíquicos, que aquejan hoy a Hispanoamérica son originalmente de España y más concretamente de Andalucía y de Extremadura.

Llegados a estas conclusiones, es fácil ya explicar todos los fenómenos que se presentan.

Las contrapartidas a estas aseveraciones, no suelen ser consideradas por el libro "Los Viajeros de Indias"; no portaban los españoles aquellos, sino una maleta, almacenando en ella vicios,

maldades fundados en los cuatro primeros pecados capitales y defectos y rezagos morbosos mentales, donde la cal, el hierro y el fósforo escaseaban o brillaban por su ausencia.

De virtudes naturales, morales, humanas y cristianas, no traían ni un mal maletín.

Bien puede ser que los españoles viajeros fueran poquísimos y los indios muchísimos, para poder poblar.

Bien puede darse que la raza negra sea mucho más fuerte y potente para transmitir su sangre, en la procreación del mestizaje.

Bien puede ocurrir que haga de esto ya trescientos años, en que la raza criolla ha podido regenerarse y mejorar.

Ya puede suceder que en España no domine la holgazanería, ni impere la embriaguez, ni hagan estragos las enfermedades de la mollera.

Ya puede ser cierto que la mentalidad en España sea muy otra en los órdenes cardinales de la vida.

Estas cosas el libro no las examina o les da soluciones flojas. Titubeos, preguntas, cuestiones, encuestas son sus soluciones, para siempre venir a caer en la misma aseveración inicial.

Las megalomanías vienen de allá, del atlántico norte, del Estrecho de Gibraltar y nada más; ellos fundaron aquí tantos manicomios como domicilios, tantos enajenados como personas o poco menos, y no hay que ir a buscar otras causas y nuevos orígenes, teniendo a la mano las naturales soluciones.

Ello es un hecho incontrastable, que si, Fidel Castro, por ejemplo de actualidad, es presa de varios complejos psíquicos, incurables e intolerables, es porque Diego de Velázquez y Ponce de León llevaron a Cuba los gérmenes virulentos de tanto mal.

Terminando. Viajero de Indias es un libro duro, áspero, cruel, de texto grueso, pesado, indigesto; por lo cual, no logra interesar. Sin purros ideales, con malas intenciones, con sórdidas palabras, por lo cual no puede hacer gracia. Anti-español hasta las cachas, graduado en la escuela de Las Casas, renovador de las leyendas negras; por lo cual no puede acogerlo la historia filosófica.

Ni es un libro de lectura, ni es libro de instrucción, ni es libro de orientación, ni de consulta. Es un libro negro, negativo, nefasto. Una biblioteca lo podrá albergar cómo una cosa rara o como un libro más. Nosotros no podemos augurarle una feliz suerte.

Si Dios nos otorga llegar a publicar el libro, ya listo para la imprenta, titulado "Los Indios y Las Casas, ante la Historia y la Crítica", yo creo que él será la mejor réplica a Viajeros de Indias y sus a látere.

Pbro. MANUEL ACEREDA LA LINDE